

TIEMPOS FELICES: TRANSFORMACIONES EN LAS TECNOLOGÍAS PSICOLÓGICAS DE GOBIERNO DE LA SUBJETIVIDAD

ANTAR MARTÍNEZ-GUZMÁN
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
UNIVERSIDAD DE COLIMA

R E S U M E N

ESTE ARTÍCULO HACE UN RASTREO DE ALGUNAS DE LAS INFLEXIONES EN LOS DISCURSOS DE LAS DISCIPLINAS PSI Y LAS TECNOLOGÍAS DE GOBIERNO DE LA SUBJETIVIDAD PROVENIENTES DE LA PSICOLOGÍA DURANTE LAS ÚLTIMAS DÉCADAS. SE INTERESA POR EXPLORAR DIFERENTES MECANISMOS A TRAVÉS DE LOS CUALES LA DISCIPLINA PSICOLÓGICA –SUS DISCURSOS, TÉCNICAS Y PRÁCTICAS– PENETRA LA VIDA SOCIAL Y CONTRIBUYE A INSTAURAR CIERTOS MODELOS DE SUJETO EN CONSONANCIA CON PARTICULARES RACIONALIDADES POLÍTICAS Y ECONÓMICAS PROPIAS DEL CAPITALISMO TARDÍO. ECHANDO MANO DE INVESTIGACIONES PREVIAS EN EL CAMPO DE LAS POLÍTICAS DE GÉNERO Y LA CULTURA DE LOS DISCURSOS FELICITARIOS, PROPONGO UN RECORRIDO QUE PASA POR TRES MOMENTOS: I) LA PRODUCCIÓN DE LA INDIVIDUALIDAD PSICOLÓGICA Y LA NORMALIZACIÓN IDENTITARIA; II) LA PROLIFERACIÓN IDENTITARIA EN EL MARCO DE LA CULTURA DEL AUTO-POTENCIAMIENTO; Y III) LA GESTIÓN DE LOS AFECTOS Y LA RE-TEMPORALIZACIÓN DE PROPENSIONES CORPORALES.

PALABRAS CLAVE

FELICIDAD; PSICOLOGÍA; GUBERNAMENTALIDAD; CULTURA TERAPÉUTICA.

I. INTRODUCCIÓN

Lejos de constituir un objeto coherente, unitario y bien definido, lo psicológico es una sustancia heterogénea, cambiante, compuesta por los ingredientes más diversos; discursos científicos, contenidos mediáticos, expresiones culturales, prácticas profesionales, políticas institucionales, fenomenologías personales. Sus formas y desarrollos corren de la mano de variaciones en las configuraciones políticas y sociales, con las que mantiene intercambios y resonancias (Danziger 1979). Aquello que deno-

minamos *psi* –y su campo asociado de significados– responde a las condiciones históricas en donde emerge y, en un movimiento recursivo, contribuye también a articularlas.

Por tanto, los saberes y las disciplinas psi se engranan en la vida cotidiana y en el devenir colectivo: sus conocimientos ponen en juego valores prácticos y sus prácticas tienen efectos políticos. Mientras que la psicología se plantea a sí misma como ciencia, se realiza efectivamente como técnica (Rose 1996), como conjunto de programas operativos sobre los sujetos sociales e individuales, estratégicamente

orientados a la gestión de aspectos cognitivos, emocionales y comportamentales. Es, en este sentido, una ciencia social y política, que produce y moviliza diferentes tecnologías, entendidas éstas como procedimientos y mecanismos concretos a través de los cuales ciertos ordenamientos de poder, asentados en determinados regímenes de verdad, actúan en contextos determinados propiciando modos de subjetivación, formas específicas en que el sujeto experimenta su vida interior y sus relaciones.

Las tecnologías psi pueden entenderse, entonces, como prácticas organizadas y sistemáticas que, sostenidas en configuraciones relacionales y materiales, intervienen sobre los sujetos propiciando particulares “vidas psicológicas”, específicas configuraciones cognitivas, emocionales y comportamentales. Incitan a los individuos a reconocerse y experimentarse a través de dichas configuraciones y a articular un yo siguiendo ciertos criterios y lineamientos en su vida psíquica; esto es, contribuyen a la constitución de “sujetos psicológicos” (Venn 1998).

En este artículo propongo hacer un rastreo de algunas de las inflexiones o giros en los discursos de las disciplinas psi y las tecnologías de gobierno de la subjetividad provenientes de la psicología durante las últimas décadas. El interés se centra en explorar diferentes mecanismos a través de los cuales la disciplina psicológica y los dispositivos psi —sus discursos, técnicas y prácticas— penetran en la vida social y contribuyen a instaurar ciertos modelos de sujeto, determinadas formas de conducción del comportamiento y específicas relaciones de los individuos entre sí y consigo mismos. Asimismo, me interesa mostrar la manera en que particulares tecnologías psi se conectan con —o forman parte de— los regímenes políticos y racionalidades socioeconómicas dominantes y, específicamente, con las transformaciones del capitalismo tardío en la cultura occidental contemporánea.

A través de este recorrido, identifico tres momentos o modalidades que, si bien no son excluyentes ni exhaustivos (de hecho, muestran múltiples formas de superposición y entrecruzamiento) permiten mostrar mecanismos diferenciados desarrollados desde los disciplinas psi en el contexto contemporáneo. Para

dibujar dicha trayectoria, echo mano de algunas investigaciones previas realizadas sobre distintos temas cuyo denominador común es, precisamente, el interés por interrogar las prácticas y los discursos psi en tanto mecanismos de gobierno de la subjetividad.

Los casos retomados para ilustrar dichas transformaciones son en buena medida productos globales. Aunque son discursos y tecnologías que tienen origen en contextos diversos como el español, mexicano, estadounidense o chileno, circulan ampliamente a nivel transnacional a través de la distribución de la industria editorial o la presencia de sus contenidos en internet y redes sociales. El recorte realizado obedece a una particular trayectoria de investigación desarrollada principalmente en México, donde estos casos tienen una presencia importante. Esta trayectoria, además, retoma algunos trabajos desarrollados en el lapso de los últimos diez años en torno al análisis crítico de las relaciones de género y de la cultura felicitaria asociada a la psicología positiva. Así, aunque los casos evocados están inscritos en procesos históricos mucho más amplios, pueden dar cuenta de la forma en que estas transformaciones han encontrado particulares formas de expresión en la última década.

En este recorrido, se bosqueja de una trayectoria que va de la normalización identitaria a la estimulación y gestión de intensidades corpo-afectivas, pasando por la proliferación y el auto-potenciamiento de identidades. Se destaca en este recorrido la gestión del tiempo y la reformulación de la experiencia temporal como un elemento clave para comprender las formas en que operan las tecnologías psi contemporáneas. Más que un reporte empírico, el texto se propone articular una lectura interpretativa de diferentes nodos de investigación que, si bien orientados por problemas distintos, pueden ser útiles para evocar y evidenciar lógicas y propensiones más generales en el marco de las tecnologías psi vigentes en la actualidad. Se trata, en suma, de abonar a la tozuda tarea de interrogar las consecuencias políticas de las prácticas psicológicas para, como advierte Canguilhem (1958), que la psicología no sea una anti-filosofía, una disciplina caracterizada por su falta de conciencia reflexiva a la hora de explicitar las condiciones

históricas que hacen posible su oferta de técnicas y de servicios (Vázquez 2016); una ciencia consagrada a cosificar las múltiples configuraciones políticas en las que interviene.

II. PRODUCCIÓN DE LA INDIVIDUALIDAD PSICOLÓGICA Y NORMALIZACIÓN IDENTITARIA

Hasta principios del siglo XIX, solo los ilustres personajes, los adinerados, la nobleza, los héroes legendarios o los santos gozaban del privilegio de que se hablara de su individualidad, de que se la describiera y documentara para la posteridad, en imágenes y por escrito, a través, por ejemplo, de biografías o retratos (Rose 1999). Es hasta entonces que se observa una producción generalizada de la individualidad psicológica: se masifica una mirada que busca definir a los individuos en términos de su singularidad y sus atributos psicológicos, y se vuelca sobre el cuerpo social en toda su extensión. De manera enfática, se posa sobre aquellos sujetos que ocupan los márgenes y los extremos inferiores del orden social en el pujante capitalismo industrial: delincuentes, locas y locos, indigentes y deficientes mentales habrían de ser objeto de gran cantidad de proyectos complicados cuyo será documentar la singularidad de estos sujetos, registrarla y clasificarla, disciplinar la diferencia (Rose 1999). Ser observado y descrito detalladamente dejó entonces de ser un privilegio de ilustres para tornarse un medio de gestión y control poblacional.

La producción generalizada de la individualidad psicológica en las sociedades industrializadas será clave para la expansión del *psy-complex*: un dominio heterogéneo pero regulado de agentes, prácticas, espacios, instituciones, discursos y aparatos que movilizan los asuntos psicológicos en la sociedad (Rose 1996). Aquí se incluyen las *ciencias psi*, aquellos campos de conocimiento asociados con la mente y el comportamiento en general: típicamente la psicología, psiquiatría, psicoanálisis y las psicoterapias, así como más recientes y variopintos servicios psicológicos tales como las psicologías de desarrollo, educativas y ocupacionales. Lo *psi* no se refiere aquí a un mecanismo de intervención uniforme o a una

disciplina epistemológicamente coherente, sino a un conjunto heterogéneo de discursos y prácticas que, aunque aparentemente distintas o contrapuestas, se conjugan en estrategias orientadas a la regulación, normalización y estandarización de los sujetos en la vida social. En este conglomerado, además, se entrelazan los saberes científicos y académicos con la “psicología pop” en estrategias integradas que permiten su diseminación a nivel global (Parker 2010).

La noción de *psy-complex* ofrece una vía para interrogar los mecanismos por los cuales los conocimientos psicológicos se movilizan en el espacio social, construyen sus objetos y generan prácticas diversas que tienden a producir ciertos tipos de sujetos. Este “complejo” permite rastrear los diferentes lugares de veridicción de los saberes psicológicos y las diferentes instancias autoritativas, así como las intrincadas interconexiones que tienen lugar para generar estrategias de gobierno de los individuos y las poblaciones. La emergencia del *psy-complex* está históricamente ligada con el desarrollo del capitalismo industrial, particularmente en las economías mundiales dominantes. La necesidad de manejar grandes cantidades de personas en los aparatos que estaban en expansión (penal, industrial, hospitalario, educativo y militar) dio lugar a la invención de nuevas técnicas y vocabularios para gestionar las diferencias humanas. En buena medida, la disciplina psicológica adquiere su forma moderna y aplicada intentando dar respuestas prácticas a las necesidades de estos aparatos; mecanismos de respuesta que, además, es necesario que no se perciban como despóticos o arbitrarios, sino que se lean como razonables, legítimos, provenientes del conocimiento científico de la naturaleza humana.

Un ejemplo paradigmático de las tecnologías de gestión psicológica lo encontramos en el desarrollo de la psicometría y, como caso prototípico, en los test de inteligencia. El test funciona como un instrumento semiótico que permite materializar la mente; objetivarla, hacerla visible, calculable y manejable (Rose 1999). Este instrumento hace posible capturar y estabilizar cualidades del comportamiento y la mente que de otra forma serían efímeras e inestables. Niñas y niños brincan, trepan, lloran y

juegan; sus movimientos no son fáciles de acumular y calcular. El test opera aquí como un mecanismo de inscripción para estabilizar y acumular información sobre los sujetos evaluados, convirtiéndolos en objetos dóciles para la proyección y el cálculo. Atribuye puntajes a los individuos y los diferencia por la vía de los números. Masivamente aplicado en escuelas y en otras instituciones, el test permitirá que el despacho psicológico se convierta en un “centro del cálculo”, donde se tabula y se delibera sobre los individuos evaluados para determinar —de ser posible desde la infancia— si son aptos para determinadas funciones, adecuados para ocupar ciertos espacios, o si serán merecedores de un “tratamiento especial”.

El interés por observar, registrar y clasificar las diferencias se va a extender por el campo social con el objetivo de hacer un uso “eficaz” y “racional” de los individuos. Se trata de una modalidad particular de construir y administrar la subjetividad y sus vicisitudes. De ahora en adelante, los laberintos de la conducta y la mente humanas, antes objetos enigmáticos y escurridizos, se podrán graficar, codificar, comparar, clasificar, y evaluar en términos de conformidad o desviación con respecto a las normas. Así, las técnicas del *psy-complex* serán clave para la producción de los individuos como psicológicamente cognoscibles y sujetos a extensos procesos de gestión y normalización.

Es posible observar cómo este tipo de tecnologías psi operan en el ámbito de la sexualidad y el género. El sexo-género, esa máquina fabulosa que permite acceder simultáneamente al cuerpo individual y al cuerpo social, es un enclave estratégico para las prácticas de gobierno. Funciona como una bisagra que lo mismo ofrece entrada hacia al plano más íntimo del sujeto —la forma de sus fantasías, sus gestos de placer, su alcoba—, que a la vida de la especie —las políticas de reproducción y natalidad, las configuraciones familiares y la división sexual del trabajo—.

Existe un vasto campo de análisis que cuestiona las tecnologías psi dirigidas al sexo-género, a partir sus formaciones discursivas y los efectos de control normativo, exclusión o subalternización que éstos implican. Los trabajos de Jane Ussher, *Managing the monstrous feminine* (2006) y *The madness of*

women (2011), ofrecen un buen ejemplo. En ellos, la autora muestra un conjunto de mecanismos psi que operan sobre el cuerpo y la subjetividad de las mujeres, situándoles en el lugar de la locura, la inestabilidad emocional y la fragilidad psíquica. Aquí, los discursos biomédicos, psicológicos y psiquiátricos se esfuerzan por representar la feminidad y el cuerpo reproductivo como peligrosos, débiles y enfermos. La elaboración discursiva del “cuerpo fecundo” y sus marcas (la menstruación, el embarazo, la menopausia) produce, según Ussher, una feminidad entendida como “patología encarnada”. Desde la brujería hasta la histeria, pasando por la depresión asociada al parto, el síndrome premenstrual y la “disfunción sexual femenina”, el cuerpo y la subjetividad de las mujeres se tornan objetos “monstruosos” y, en consecuencia, se requiere de técnicas especializadas para su control y domesticación.

Tales mecanismos también se han dirigido hacia las identidades de género no-normativas. Uno de los muchos ejemplos posibles lo encontramos en la producción de la categoría diagnóstica del *Trastorno de Identidad Sexual*, que consta en la versión IV del DSM publicado por la *American Psychiatric Association* [APA] (1994/2003), prescrita para diagnosticar a personas cuya identificación sexo-genérica no corresponde con aquella que se les ha asignado socialmente o que buscan transitar en el género; experiencias típicamente definidas en este contexto lingüístico como “transexuales”. Una exploración por la cualidad discursiva de dicha categoría muestra el conjunto de ordenamientos normativos que sostiene dicho mecanismo nosológico (Martínez-Guzmán e Íñiguez-Rueda 2010). La voz colectiva e impersonal de la APA, con su investidura de autoridad epistemológica, pone en marcha con conjunto de supuestos normativos sobre lo que es un hombre y lo que es una mujer; cómo deben lucir, con qué ropas visten, cuáles son sus pasatiempos, cuál la forma de su deseo y cuáles sus fantasías. Quienes se aparten de esta matriz de congruencias serán colocados en el lugar de la desviación; serán sujetos definidos a partir de su anormalidad.

Este mecanismo nosológico despliega en su entramado discursivo una constante tensión entre

“pertener” (a un sexo) e “identificarse” (con un género): “el individuo se identifica, de un modo intenso y persistente, con el otro sexo (...) lo cual constituye el deseo de ser, o la insistencia en que uno es, del otro sexo” o “los individuos con este trastorno se sienten incómodos si se les considera como miembros de su propio sexo” (APA 1994/2003). Para que el diagnóstico funcione, es necesario dar por hecho que la auto-identificación y el deseo son procesos que se han dissociado de la pertenencia al sexo natural de una persona; pertenencia que aparece dictada por leyes universales e inmutables. El juego entre identificación y pertenencia juega entonces un papel clave para la generación y clasificación de individualidades psicológicas distintas. Además, el texto enuncia una serie de actos directivos dirigidos a una audiencia de profesionales de la salud mental; un público experto, representante de la institución médica y del aparato clínico, encargado de operacionalizar dichas instrucciones. Mientras tanto, el sujeto al que se refiere el texto, las personas trans, el objeto del diagnóstico, aparece como un *paciente*; esto es, un sujeto que no habla sino que es hablado, que no conoce sino que es conocido, y que espera a ser intervenido por la voz experta. Se trata de un personaje dependiente de la autoridad externa de la experticia disciplinaria.

La categoría funciona como un macro-acto de habla directivo y declarativo donde —*a partir de esta enunciación*— ciertas configuraciones identitarias quedarán cifradas como un trastorno, y dará cauce a una serie de procedimientos y protocolos fundados en una matriz de congruencias. El texto tendrá efectos perlocutivos inmediatos. Una vez emitido el diagnóstico, las personas trans serán conducidas por una particular ruta clínico-jurídica, estarán sujetas a ciertos controles psicológicos y endocrinológicos, frecuentarán determinados consultorios, sus gestos y formas corporales serán vigilados. Esto es, se pondrán en marcha ciertos mecanismos de re-adequación y ajuste. Esta lógica de control de la identidad es concomitante con el poder disciplinario. Opera a través de mecanismos de normalización, a través de aparatos de conocimiento que buscan domesticar el cuerpo y dar forma a los sujetos para integrarles a

una norma identitaria, a un *deber ser*. Vigila que los contornos identitarios se reconozcan y se respeten. Se trata de mecanismos orientados a *moldear* o esculpir a los sujetos través de intervenciones externas para incorporarles a ciertos regímenes de inteligibilidad. Estos regímenes están fundados en particulares juegos de verdad sobre la naturaleza sexual y psicológica de la especie humana.

En este escenario de prácticas disciplinarias, el tiempo y el espacio se organizan en torno a la función de la vigilancia que busca garantizar sujetos dóciles y encauzar el comportamiento en función de una clara compartimentalización (de las identidades, los roles, las capacidades de trabajo, la sexualidad o la salud). Los individuos se clasifican y distribuyen con base en un análisis pormenorizado de sus capacidades y las cualidades intrínsecas que se le asocian, con la intención de que sus gestos y movimientos se ajusten eficazmente a los ritmos de las instituciones que aglomeran y gestionan poblaciones. La fragmentación y delimitación de espacios y tiempos es un aspecto central para la gestión de individuos con fines de conformidad y ajuste. La fábrica y el hogar, el tiempo de la producción y la reproducción; la clínica psiquiátrica y el hospital, el tiempo de la rehabilitación y la normalización.

Opera aquí un principio de clausura, donde cada individuo ocupa una posición particular en una cuadrícula espaciotemporal: los sujetos no se encuentran dispersos, sino que se van concentrando temporalmente en determinados lugares (edificios, oficinas, viviendas) que condensan una cantidad de individuos por lapsos determinados (horarios de entrada y salida): fijación de los cuerpos en espacios cerrados, en tiempos acotados. La fragmentación exhaustiva del tiempo adquiere así la intención de reducir el margen posible de movimientos, comportamientos y formas de identificación, de reducir su variabilidad y racionar los flujos y la diversidad. Son los tiempos de la cadena de montaje; supervisados, estables, monótonos y definidos deliberadamente por una instancia exógena. Se trata de un tiempo homogeneizante, que se constituye como fuerza de estandarización y se pone al servicio de las taxonomización identitaria necesaria para la normalización y el ajuste.

III. PROLIFERACIÓN IDENTITARIA Y AUTO-POTENCIAMIENTO

Al día de hoy es posible observar la expansión, cada vez más amplia, de discursos psi y modalidades diferentes de gestión y regulación identitaria. ¿Cómo son elaboradas las identidades en un contexto menos definido por el poder disciplinario propio del capitalismo industrial, y más por una racionalidad neoliberal de gobierno? ¿Cómo se entrama la identidad en una racionalidad de gobierno signada por los términos del “capital humano” y la “sociedad de la empresa”, donde la lógica del mercado satura los vocabularios de la construcción del yo y las relaciones sociales?

La gestión identitaria entra en consonancia con un escenario caracterizado por el debilitamiento de las instituciones estatales, el auge de la desregulación económica, el imaginario del emprendedurismo y la competencia como modelo principal de relación económica y social. Y estas consonancias pueden ser rastreadas en los múltiples y contradictorios ordenamientos de género. Diversos análisis han señalado ya la forma en que las políticas neoliberales han dado lugar a una “feminización” de la fuerza de trabajo, acompañada por la precarización y la flexibilización de las condiciones laborales. Así, por ejemplo, para organizaciones como el Banco Mundial, las mujeres dejan de ser sujetos marginales o ignorados, para pasar a formar parte de las “economías inteligentes” (Cornwall, Gideon y Wilson 2008; Buvinic y King 2007). En palabras de Hawkesworth (2006: 202), se busca integrar a las mujeres simultáneamente como hábiles proveedoras, como confiables emprendedoras y como ciudadanas cosmopolitas, mientras que se les sitúa también en la posición de “empleadas domésticas desechables”, como fuerza laboral explotada globalmente y como ciudadanía diaspórica, devaluada y privada de sus derechos.

Por otra parte, Ana de Miguel (2015) problematiza la idea de la supuesta libre elección que circula ampliamente en las sociedades contemporáneas, particularmente en la industria de la cultura y el ocio, donde permanecen estructuras de significación patriarcales y una intensificada mercantiliza-

ción de sexualidad y, particularmente, del cuerpo de las mujeres. En este contexto, se identifican recursos simbólicos provenientes del campo de las disciplinas psi, como las boyantes narrativas del “empoderamiento” de las mujeres y de otros grupos vulnerables, orientadas a una gestión individualizante y voluntarista de las desigualdades estructurales (Buvinic y King 2007).

Este giro de las tecnologías psi puede ilustrarse también en el campo de los discursos culturales sobre la “diversidad sexual”. De manera creciente, atestiguamos una suerte de exaltación de la diversidad y las diferencias individuales que prospera en el marco de la cultura pop, los medios masivos de comunicación y las redes sociales digitales vinculadas con el ocio y el entretenimiento.

Las revistas comerciales de entretenimiento y sobre “temas de actualidad” ofrecen ejemplos claros de ello. El análisis de un caso típico de dicho contenido discursivo muestra algunas claves de esta inflexión en las nuevas modalidades de gestión de la identidad (Martínez-Guzmán 2016). En un reportaje sobre las “nuevas categorías sexuales”, publicado en la revista comercial Paula sobre “moda, belleza y estilos de vida” (Salas 2014), se observan algunos de estos desplazamientos. Por un lado, se observa el traslado del *Iocus* de enunciación: un medio masivo de comunicación que asume como valores rectores, entre otros, la “proactividad que inspira y motiva” y la “vanguardia que anticipa lo que viene”. Su campo discursivo gira en torno a la promoción de hábitos saludables y “positivos”, así como a pautas de comportamiento y modalidades de pensamiento y afectividad consideradas deseables y poseedoras de capital social. En este marco, el discurso que define a las identidades ya no proviene de la institución científica y los manuales diagnósticos, sino de la cultura pop y los medios comerciales. De manera explícita, los testimonios citados en el reportaje declaran la obsolescencia de las “fuentes académicas” y la creciente centralidad de las redes sociales digitales para la definición identitaria de las generaciones más jóvenes.

Por otra parte, la lista de “nuevas categorías sexuales” (demisexual, andrógino, pansexual, po-

liamoso, *queer* y sin etiqueta) se ofrece como un catálogo de sofisticadas e innovadoras formas de auto-definición sexo-genérica, una “nomenclatura de definiciones” que despliega un panorama de alternativas de las que el individuo puede echar mano para elaborar su singular identidad. Un repertorio interpretativo que destaca en estos discursos está asociado de manera importante a las nociones de libertad de elección y autenticidad. Se observa un campo semántico y un conjunto de recursos retóricos asociados a las nociones de “opciones de género”, “alternativas [que] se refieren al género” y “variopintas identidades [que] están disponibles”. Las identidades sexo-genéricas se elaboran aquí en términos de resultados de elecciones individuales ante un conjunto en expansión de opciones ofertadas.

En consonancia con las formas de gobierno que operan “a través de la libertad” (Foucault 1990; Rose 1999), estos mecanismos no funcionan ya a través de la coerción o la imposición de autoridades externas, sino por medio de recursos simbólicos y pautas comportamentales que los sujetos adoptan y aplican sobre sí mismos, considerándoles como propios y como provenientes de su libertad de elección y de la expresión de su auténtica naturaleza. En estas formas de subjetivación ocurre la paradoja de que los sujetos buscan en los inventarios ofertados por la cultura psi y “eligen libremente” (siguiendo una lógica de consumo) las categorías y las formas de expresión identitaria que parecen definir la verdad íntima de su yo. Las diferentes categorías sexuales y de género aparecen, en estos contextos discursivos, como un catálogo de verdades interiores disponibles para diferenciar e individualizar la experiencia identitaria.

El actual panorama de multiplicación de identidades (étnicas, culturales, etarias, políticas, religiosas, sexuales, de género, etc.) no puede reducirse a un fenómeno meramente cuantitativo vinculado con la aceptación de la diversidad en las llamadas democracias occidentales. Si bien es un efecto del reconocimiento y la afirmación ontológica de las diferencias resultante de luchas y reivindicaciones políticas de colectivos y grupos históricamente marginados, tales políticas han sido en parte absorbidas

por una gramática de la individualización, el potenciamiento sistemático y el éxito personal presentes en la racionalidad neoliberal de gobierno. Esta racionalidad opera como una episteme cultural extensa y arraigada donde el cálculo económico se vuelve el marco operativo para entender la propia identidad y las relaciones sociales.

En este marco, se observa una estrategia de gestión de la subjetividad asociada a la valores identitarios de la autenticidad y el potenciamiento del yo generizado a través de mejores, más libres, más genuinas identidades sexo/genéricas. Los dilemas actuales parecen girar menos en torno a las expresiones sexo-genéricas “verdaderas” o “legítimas” para poner en el centro preocupaciones sobre las capacidades del “homo-sexualis” para discernir cuál de la multitud de identidades ofertadas resultará más adecuada y logrará salvarle de la monotonía y el encorsetamiento (Bauman 2012). La identidad aquí se torna un objeto que puede ser maximizado y manipulado a través de la propia voluntad. Esta lectura pronto nos acerca a la noción del “empresario de sí mismo” (Foucault 2007) que bien puede permitir evocar al sujeto psicológico contemporáneo inmerso en las lógicas del de auto-emprendimiento y el auto-potenciamiento. En contraste con mecanismos psi más disciplinarios y normativos, asentados en las distinciones entre normal/anormal y salud/enfermedad, en estos discursos sobre la diversidad la cuestión de la identidad se troca en un proceso absorbido por la gramática del éxito. La pregunta de quién soy (y si dicha posición identitaria es inteligible y válida socialmente) deja lugar a la pregunta sobre cómo capitalizar y maximizar exitosamente lo que soy.

Además, estos mecanismos de gestión psi se orientan hacia la flexibilidad, la versatilidad y el cambio continuo como valores fundamentales de la función identitaria. De sus tramas emerge un sujeto que se acopla a la lógica de la innovación permanente y la búsqueda sistemática de autenticidades/novedades como mecanismo de autodefinition. Evocando la lógica de la desregulación, estos relatos se apartan de los moldes identitarios tradicionales

(“rosa y azul”) que considera “caducos”, ante un cambio generacional caracterizado por la avidez de novedad y la celebración de las diferencias individuales. En este contexto se diluye la evocación a las esencias trascendentales que sostienen las identidades disciplinarias (e.g. hombre/mujer, homo/hetero) y se movilizan discursos que celebran la flexibilidad como valor individual y recurso psicológico. Tales mecanismos no tienen reparo en incorporar las ideas del cambio, la fluidez, la transformación, lo distinto, lo raro, lo exótico. Por el contrario, se sirven de ellas para acicatear la sistemática producción de diferencias y novedades. Las expresiones de transgresión y disidencia son con frecuencia vehiculizadas por una lógica que capitaliza los movimientos transfronterizos evocando el espíritu del libre comercio y la economía transnacional.

Los discursos psi sobre la identidad y sus avatares funcionan aquí con una lógica muy diferente a la del diagnóstico psiquiátrico, la normalización y el tratamiento correctivo. En cambio, ofrece a los individuos un modelo de sujeto que se basta a sí mismo, apelando a su espíritu de originalidad, adaptabilidad y auto-potenciamiento. Ya no se trata del sujeto pasivo y dócil del régimen disciplinario, sino de un sujeto activo, comprometido enérgicamente con su propia superación y crecimiento; se pasa del mandato del *deber ser* a la poderosa incitación al *poder hacer* (Han 2017). Se observa un desplazamiento desde una lógica de la normalización identitaria (centrada en el ajuste y la corrección de los sujetos a cánones normativos) a una lógica de proliferación de identidades y la incitación a la elección individual en un marco de ofertas en expansión.

En esta captura de los discursos de la “diversidad sexual”, las diferencias y multiplicidades se reducen a la fórmula del consumo; lo extraño y lo anormal se sustituyen por lo exótico, y nos convertimos en espectadores, turistas o consumidores de la abundancia sexo-genérica. Tal escenario parece asociado al aparente incremento de la velocidad de la vida que permea al sentimiento compartido en las sociedades actuales (Wajcman 2017); el tiempo se acelera y se dispersa simultáneamente, colapsando los espacios públicos y privados, confundiendo los

ritmos del trabajo y del cuidado personal.

En los vocabularios con que articulamos los relatos biográficos contemporáneos el tiempo escasea, se vuelve más efímero y escurridizo. La frontera entre los tiempos acotados de la producción, la reproducción y la rehabilitación se diluye, y se instala una diseminada y persistente ansiedad con respecto a las experiencias vitales que aún quedan por descubrir y a las metas que aún hay que superar.

Ahora bien, en los dos mecanismos expuestos hasta ahora —el de normalización identitaria asociado a los psicodiagnósticos y el de proliferación identitaria asociado a los medios masivos comerciales y las redes sociales— el objetivo fundamental es la identidad, el *self*, la individualidad psicológica. En el primer caso, la identidad funciona como mecanismo de normalización y de ajuste: genera efectos de estabilización y clausura. En el segundo caso, la identidad funciona como mecanismo de novedad y superproducción. En el primer caso el género se vive como un lugar de encierro, como una cárcel; en el segundo, el género se experimenta como un centro comercial.

IV. GOBIERNO DE LOS AFECTOS Y RE-TEMPORALIZACIÓN FELICITARIA

Las tecnologías psi vinculadas a la proliferación de identidades ceden espacio, a su vez, a una modalidad de gestión de la subjetividad que opera más allá —o más acá— de la función identitaria como objeto central de intervención. Estos mecanismos psi se desmarcan en buena medida del *self* y la individualidad psicológica para centrarse más enfáticamente en los circuitos del afecto y la emoción, y en la propensión de los cuerpos a sentir de una determinada manera y adoptar particulares disposiciones relacionales. Ciertamente, desde hace algunas décadas, las variadas prácticas psi y sus discursos culturales parecen centrarse con mayor ahínco en la regulación de formas del sentir, disposiciones afectivas y configuraciones emocionales (Illouz 2008). Temas como el bienestar subjetivo, el optimismo, el estrés, las actitudes positivas, el control de las emociones negativas (enojo, tristes, ansiedad) o la inteligencia

emocional se han constituido en objetos de interés privilegiados y preocupaciones omnipresentes en la vida social.

Esta inflexión muestra que, al menos en parte, no son los moldes identitarios sino los estados emocionales y los procesos corporales los que se perfilan como principales horizontes normativos. En este marco discursivo, la identidad se diluye como centro neural de operaciones, pierde relevancia como mecanismo de gestión y cede espacio a planos de la experiencia psicológica que son menos identitarios y más afectivos. Se trata de un conjunto de preceptos que ya no dictan cómo ser sino qué sentir. Quizá este giro pueda ser ilustrado con una consabida sentencia que abunda en la cultura popular contemporánea y que bien podría ser evocada en los más diversos ámbitos sociales: “sé lo que tú quieras, pero sé feliz”.

Efectivamente, en el imperativo de la felicidad que campea en la cultura contemporánea encontramos un caso paradigmático que ejemplifica esta re-orientación de las tecnologías psi al gobierno de los afectos. Cierto es que la felicidad ha sido un tema cautivador para las sociedades occidentales al menos desde la cultura helénica, pero no es sino hasta sino hasta la mitad del siglo XX e inicios del XXI que ocurre una explosión inusitada de interés sobre este esquivo objeto. La felicidad es sacada de la reflexión filosófica y mística, del ámbito estético y de la íntima experiencia de la epifanía, para diseminarse por los más diversos ámbitos sociales. En el capitalismo global, la felicidad se vuelve tópico central en campos tan disímiles como la economía, la formación académica, la cultura organizacional, las políticas públicas, el desarrollo personal y la industria del entretenimiento. La felicidad aquí suele mostrarse como meta personal suprema y como signo máximo de adecuación y éxito vital. Este marcado interés en torno a la felicidad parece ser un rasgo distintivo de la subjetividad contemporánea y bien puede constituir lo que Sara Ahmed (2019) ha llamado el *giro felicitarario*.

En este escenario, el dispositivo del *psy-complex* —de naturaleza más bien institucionalizada y articulado predominantemente en función de saberes

expertos y protocolos profesionales evaluativos y correctivos— parece ceder lugar a la boyante expansión de la *cultura terapéutica*; un complejo de carácter más descentralizado, cuyos mecanismos se distribuyen de manera importante a través de los medios masivos de comunicación y la cultura pop (Wright 2006). La noción de cultura terapéutica resulta útil para explorar tecnologías psicológicas que no se limitan ya al tratamiento y la corrección de estados anormales y desviaciones, sino que se orientan a la estimulación sistemática del “bienestar integral” y a la continua vigorización de una “profilaxis psicofísica” (Papalini 2013). En esta cultura terapéutica, los saberes y las prácticas psi se caracterizan por una descentralización de la experticia disciplinaria (e.g. hospital psiquiátrico o clínica psicológica), por el desdibujamiento de la clara división entre la vida privada y la pública, y por la diseminación de “prácticas confesionales” en una amplia diversidad de espacios, con la presencia central de los medios de comunicación y las tecnologías de la información y la comunicación (Wright 2008).

¿Cómo se moviliza el tropo de la felicidad en el escenario de la cultura terapéutica? ¿De qué manera los discursos y prácticas que se le asocian propician particulares líneas de subjetivación y formas específicas en que los individuos entienden su vida y a sí mismos?

Numerosas aproximaciones críticas han analizado la manera en que el mandato cultural de la felicidad y sus correlatos psicológicos operan como mecanismos de gestión de la subjetividad y formas de gubernamentalidad con múltiples implicaciones políticas (Cabanas 2013; Ahmed 2019; Binkley 2011; Cromby 2011; De La Fabiánn y Stecher 2017; Davies 2015). Un primer aspecto que se resalta es la manera en que los discursos y la cultura felicitararia en general, especialmente aquella asociada al movimiento del pensamiento positivo y a la llamada “psicología positiva”, entran en contacto con una racionalidad neoliberal que *economiza* la vida afectiva.

Desde hace un par de décadas se observa una progresiva inclusión de la noción de felicidad y otras categorías que se le asocian, como la de bienestar

subjetivo, en las fórmulas con que las instituciones buscan regir las economías nacionales y transnacionales (incluyendo la ONU y el FMI). La felicidad entra como una variable relevante en las proyecciones de crecimiento económico y en los marcos de razonamiento basados en la relación costo-beneficio. Las ciencias económicas abogarán por la incorporación de la psicología de las emociones, arguyendo que la toma de decisiones vinculadas al consumo y al comercio no se agotan en el plano de los criterios racionales sino que entran en juego variables subjetivas y estados emocionales (Zevnik 2014).

Pero la lógica economicista que inculca la comprensión actual de felicidad no sólo está presente en el plano de la economía formal en el nivel macro-social, sino que también arraiga en los marcos simbólicos con que los sujetos entienden su vida cotidiana, sus relaciones sociales, sus cualidades personales o su proyecto de vida. Una exploración los discursos felicitarios en la literatura de autoayuda (Martínez-Guzmán y Medina-Cárdenas 2016) permite entrever algunos de estos mecanismos simbólicos presentes en la permanente incitación a la felicidad en el contexto de la cultura terapéutica. Los procesos y atributos psicológicos se entienden como “recursos”, esencialmente internos e individuales, con un valor utilitario para maximizar los niveles de felicidad y satisfacción de los individuos. Predisposiciones cognitivas como el optimismo, relaciones sociales como las amistades o estados emocionales como la alegría se convierten en objetos de cálculo, inversión y rentabilidad. Así, la felicidad se configura como una meta que debe ser alcanzada poniendo en juego todos los recursos personales de los que se disponga, a través de procedimientos calculados y de esfuerzos planificados para potenciar las “virtudes” y las “fortalezas” personales reduciendo a la vez los estados “negativos” y los riesgos. En consonancia con la lógica neoliberal, en estos discursos la felicidad se torna un objeto al que se da caza con espíritu emprendedor y sentido de oportunidad.

En este sentido, la felicidad ha fungido como instrumento para psicologizar la economía (y para economizar la psicología), teniendo como consecuencia una extensión de la regulación de

tipo económico hacia el dominio de la subjetividad y las emociones. Para que ello ocurra, es preciso el desarrollo de una “ciencia de la felicidad”, un campo de conocimiento científicamente legitimado que constituya a la felicidad como un objeto operacionalizable, cognoscible objetivamente y, sobre todo, calculable, medible y cuantificable. En esta línea, la psicología positiva va a renegar del carácter especulativo y vago con que se venía abordando el tema de la felicidad y va a proponer su estudio empírico y “científicamente riguroso”; se construyen escalas e instrumentos de medición de la felicidad y se implementan estrategias interventivas para elevar sus índices.

En tanto felicidad se torna un recurso que debe ser maximizado, los individuos son convocados a monitorear y aumentar activamente sus niveles de bienestar como oportunidades de crecimiento personal. Su consecución depende fundamentalmente de las disposiciones personales. La herramienta principal es la fuerza de voluntad y la capacidad de autodeterminación. Por tanto, el individuo es el absoluto responsable de su conquista o su pérdida. La vigilancia y el control sobre la vida psicológica se delegan a los propios sujetos. Para lograr los objetivos de este nuevo régimen de inteligibilidad psicológica, ya no se requiere necesariamente de la supervisión externa de la mirada clínica: son los propios individuos los que introyectan y hacen propia esa función de monitoreo, auto-vigilancia y auto-conducción.

En este contexto, me interesa destacar un elemento clave en las formas de operación de las tecnologías psi presentes en el régimen felicitario: a saber, la forma en que reconfiguran el plano temporal de los procesos y los proyectos emocionales. El tiempo —los ordenamientos con que éste media las relaciones del individuo consigo mismo y con sus experiencias psicológicas— parece jugar un papel importante en los mecanismos de subjetivación. Ya se ha observado que el tropo de la felicidad implica una suerte de relación con el tiempo; los avatares subjetivos que se le asocian —nostalgia, euforia, anticipación, esperanza o evaluación— tienen de alguna manera una orientación temporal. McMahon (2006) documenta, por ejemplo, que una de las concepciones

dominantes de la felicidad en la cultura occidental ha sido como valoración retrospectiva sobre lo acontecido en la propia vida. Es el balance de los hechos vividos y el saldo final lo que posibilita la definición de la felicidad personal. Por tanto, se trata de un juicio *a posteriori*, volcado hacia el pasado y a su valoración contemplativa; la cuestión aquí es si uno ha sido feliz o si uno es feliz con lo que ha sido.

Sin embargo, en el marco de la cultura terapéutica propia del capitalismo tardío podemos observar una concepción de la felicidad que trastoca estas coordenadas temporales. Los relatos con que se incita a la felicidad (literatura de autoayuda, charlas motivacionales, programas de crecimiento personal) se caracterizan por una inversión de los esquemas temporales en donde la felicidad parece situarse en la dirección opuesta: se coloca por delante y no por detrás en la experiencia del sujeto. Hay que salir a buscarla, es menester del individuo ir a su encuentro. Papalini (2007) muestra que ciertos productos típicos de la cultura terapéutica implican regularmente un planteamiento en donde el protagonista ha de enfrentarse y sobreponerse a una serie obstáculos y desafíos tras cuales le espera la recompensa de la felicidad. La felicidad se constituye así en un objeto que ha de ser conquistado y en un horizonte al que el individuo debe aspirar. Se trata de una narrativa de la felicidad orientada hacia el futuro donde, además, el cambio que se produce como consecuencia del periplo no es identitario sino emocional. La transformación que acontece sobre el individuo ya no se centra en quién puede ser, sino en lo que puede llegar a sentir.

Estas formas de re-temporalización de las tecnologías felicitarias pueden también observarse en las recientes aplicaciones móviles asociadas a la psicología positiva y diseñadas con el objetivo explícito de promover en los individuos el auto-cultivo del bienestar y la felicidad (Martínez-Guzmán y Lara 2019). Dos casos ilustrativos los encontramos en las apps *Happify* y *SerFeliz*. Estas aplicaciones funcionan proponiendo programas personalizados, actividades y ejercicios que los individuos pueden realizar en su vida cotidiana para desarrollar “habilidades positivas” e “incrementar el porcentaje”

de felicidad alcanzado. El tipo de trabajo emocional que estas tecnologías promueven está definido por la experiencia de inmediatez y ubicuidad que ofrece el teléfono móvil. Estas tecnologías ya no solo excluyen la presencia de una autoridad experta, sino que también prescinden de una designación espacio-temporal fija (el despacho terapéutico, la hora de la consulta). Se trata de una tecnología psicológica que viaja en el bolsillo a todas partes como una suerte de extensión del cuerpo y que establece un ritmo permanente y personalizado de seguimiento, notificaciones y evaluaciones. En consonancia con lo que plantea Preciado (2008), el aquí cuerpo ya no habita los lugares disciplinarios, sino que es habitados por ellos, a través de técnicas prostéticas que anidan sus sistemas biomoleculares y orgánicos.

Estos programas individualizados de entrenamiento y auto-cultivo de la felicidad se enfocan, entre otras cosas, en el adiestramiento de hábitos corporales asociados a estados emocionales: *Happify* ofrece ejercicios guiados de respiración para reducir la ansiedad y aumentar la sensación de bienestar; *SerFeliz* invita a adoptar determinadas posturas corporales (espalda erguida, mirada al frente) asociadas, según la aplicación, con estados psicológicos positivos. La distinción entre emociones “positivas” y “negativas” es aquí fundamental para establecer un régimen de trabajo sobre los propios afectos. Estos programas ofrecen pequeños ejercicios orientados a la discriminación de emociones positivas y negativas que deben ser aplicados como parte de una rutina diaria: evaluar y registrar las emociones que han aparecido durante el día se propicia como hábito necesario para retroalimentar los programas de entrenamiento y renovar continuamente las metas. La actividad constante y cotidiana sobre las propias emociones y los hábitos corporales, así como el continuo monitoreo de los estados afectivos, se constituyen como prácticas sistemáticas orientadas a alcanzar mayores niveles de bienestar y felicidad.

Opera aquí una re-temporalización de las tecnologías psi que contrasta con aquellas asociadas al *psy-complex*. Para ilustrar esta diferencia podemos tomar por caso el clásico experimento psicológico de los caramelos (Walter 1972). A niños de preesco-

lar se les ofrece una opción sencilla: un caramelo ahora o dos si esperan 20 minutos. El experimento concluye que la capacidad para “postergar la gratificación” se relaciona con la perspectiva de futuro de los niños. Cuando éstos fueron evaluados años, sus elecciones con respecto al caramelo se correlacionaron con sus éxitos y logros adultos: aquellos que eran capaces de postergar la gratificación y esperar 20 minutos (orientación futura) resultaban tener mejores condiciones de vida y mayores grados de bienestar en la adultez. Desde este punto de vista, el secreto para alcanzar el bienestar o la felicidad descansa en la habilidad de disciplinar los propios impulsos a través de la circunspección. Un descubrimiento, por cierto, muy bien acoplado a la sociedad disciplinaria de las ortodoxias fordistas en el trabajo; el ahorro, la lealtad institucional, el autocontrol, y por tanto, el ajuste a las instituciones. Se trata de una temporalidad donde se debe prever; un tiempo estable donde es posible proyectar un futuro en los mismos términos con que se vive el presente. El caramelo de mañana será igual de apetitoso que el de hoy, así que puedo obtener la recompensa controlando mis impulsos ahora. Se trata, de acuerdo con la lectura de Binkley (2014), de un futuro lineal y conservador; que opera a través de la sustracción: el sujeto debe controlarse, abstenerse, inhibirse y ajustarse a ciertos requerimientos psicológicos e institucionales para estar mejor en un futuro predecible.

En contraste, las tecnologías psi que se movilizan en las aplicaciones móviles mencionadas orientan la subjetividad hacia el futuro; pero no se trata de cualquier futuro, sino de uno que regula e intensifica las actividades y experiencias diarias, a cada momento. Se trata, pues, de un futuro que se pliega sobre el presente, que se retrotrae, que vuelve al presente para estimularlo, modularlo y orientarlo. Se trata, además, de un futuro que nunca termina de llegar. Siempre hay más tareas por hacer y más niveles por conquistar en el interminable camino hacia la felicidad. En el marco de estos mecanismos, la felicidad nunca se alcanza totalmente. Siempre se puede perfeccionar alguna habilidad o lograr un mayor grado de bienestar; siempre se es posible llegar más lejos; “el camino de la superación no termina nunca”.

Aquí acontece lo que podemos traducir como *anticipación afectiva* (Martínez-Guzmán y Lara 2019), evocando la noción de *preemption* en el sentido en que la han utilizado los estudios del afecto (Clough 2018). Esta noción hace referencia a la capacidad de un cuerpo para sentir lo que está por venir: un aspecto del futuro que se trae al presente y que además es en buena medida incierto o desconocido. Esta suerte de anticipación afectiva resulta en una intensificación de la experiencia actual del cuerpo mediante una implicación del futuro en el presente. Así, estas nuevas tecnologías psicológicas trastocan el tiempo lineal y estable, futurizando el presente. De hecho, los verbos típicos de la cultura neoliberal —proliferar, maximizar, potenciar, optimizar— remiten a una acción del presente, pero tirada hacia delante, hacia algo que siempre está por venir. Se trata de un futuro siempre incierto, que permanece como una promesa aún incumplida: la promesa de la felicidad, a decir de Ahmed (2019). Las metas finitas dejan de tener sentido, para convertirse en metas indefinidas.

En este contexto, la orientación al futuro empieza a asumir una lógica distinta. Pasa de ser un instrumento de auto-control y auto-disciplinamiento, a ser un instrumento de auto-cultivo y auto-potenciamiento; transita de la sustracción a la *adición* (Binkley 2014). El sujeto debe incrementar su actividad, debe aumentar la acción sobre sí mismo. El carácter incierto e indefinido de ese futuro conduce a que se sobrepase la mera planeación, intensificando y energizando el presente a través del sistemático entrenamiento y evaluación de cualidades psicológicas y, particularmente, de disposiciones corporales y afectivas.

V. COMENTARIOS FINALES: PRESENTIMIENTOS PARA FUTUROS INFELICES

En este texto he buscado exponer un recorrido particular de algunas de las transformaciones en las formas de operación de las tecnologías psi en el contexto contemporáneo. Dicho trayecto puede entenderse, por un lado, como una expansión de los regímenes de gubernamentalidad que exceden el

enclave identitario para decantarse, cada vez más, hacia un plano corpo-afectivo. Las tecnologías psi contemporáneas parecen centrarse menos en la individualidad psicológica como entidad nuclear (cómo ser), y operar en una lógica más molecular y difusa de propensiones corporales y afectivas (cómo sentir). Participan menos del adoctrinamiento ideológico de las categorías identitarias, y más de la regulación del cuerpo y sus intensidades, de la modulación de estados orgánicos y afectivos.

Asimismo, se observa en la temporalidad un elemento clave para leer la transformación operativa de estas tecnologías psi. El tiempo deviene una línea de intervención sobre la vida psicológica que intensifica la actividad del sujeto sobre sí mismo y, particularmente, sobre sus disposiciones afectivas. En las tecnologías de la felicidad positiva, el tiempo es sacado de los relojes institucionales (de los horarios de oficina) y diseminado en el ininterrumpido flujo de la vida cotidiana. Es a través del tiempo que este régimen entra en el cuerpo. En este contexto, ser feliz implica, en alguna medida, ser capaz de transformar y administrar los patrones temporales de la vida: esto es, reorganizar las propensiones corporales por medio de la introducción de nuevos estados afectivos en lapsos temporales específicos (auto-manipulación de intensidades materiales y ritmos de actividad).

Por supuesto, las diferentes lógicas de funcionamiento de las tecnologías psi que se han expuesto (y las líneas de subjetivación que movilizan) no se reemplazan ni se excluyen tajantemente. Por el contrario, muestran múltiples formas de entrecruzamiento, superposición y coexistencia que pueden aún ser rastreadas. Si bien resulta útil identificar determinadas inflexiones y tendencias, es igualmente necesario registrar las imbricaciones que ocurren en las formas de gestión psicológica contemporánea donde las dimensiones identitaria y corporal, así como las estrategias discursivas y extra-discursivas vinculadas con la gestión afectiva, se entretejen en prácticas específicas y se constituyen mutuamente.

Con todo, el trayecto propuesto permite vislumbrar algunas líneas que constituyen una particular política de gestión psicológica; una que ya no repri-

me, ni niega, ni inhibe las emociones, sino que las estimula y las explota. Una que desdibuja al sujeto dócil, paciente, objeto de intervención y sujeto a la autoridad externa de la instituciones, a favor de un sujeto pro-activo, comprometido con la auto-vigilancia y la maximización de los propios recursos psicológicos, los cuales moviliza para entrar en juego con la racionalidad neoliberal imperante. El encierro en espacios y tiempos delimitados institucionalmente se difumina y se propaga molecularmente por los más diversos ámbitos públicos y privados a través de los dispositivos móviles. El ojo centralizado del panóptico se multiplica y se distribuye en un entramado abierto; los muros de las prisiones ceden lugar a los de las redes sociales con los múltiples ojos vigilantes de las cámaras portátiles. A decir de Deleuze (2006: 4), se trata de mecanismos de control a distancia, que señalan “cada instante la posición de un elemento en un lugar abierto (...) hombre en una empresa (collar electrónico)”.

Algunas inquietudes surgen ante este panorama: cómo cuestionar formas de subjetivación en un contexto donde el objeto de gobierno psicológico ya no es necesariamente el sujeto calculador, frío y racional de perfil economicista, donde se movilizan estrategias discursivas y extra-discursivas que apelan a intensidades corporales y disposiciones afectivas que con frecuencia se sienten como pasiones personales entrañables. Más aún, es posible preguntar cómo pensar posiciones críticas ante el imperio de las emociones positivas, ante aparatos de conocimiento que navegan con la bandera de la autenticidad, la libertad de elección y la fluidez; que incitan al cambio continuo, a la originalidad, al optimismo.

Podemos igualmente cuestionar cuáles serán los grupos sociales considerados más aptos o mejor equipados para alcanzar las preciadas metas de autenticidad y felicidad: ¿Cómo estos discursos psi propician o reproducen formas de estratificación social? ¿A qué sujetos se ve como quejumbrosos y resentidos, volcados hacia el malestar y, por tanto, como desadaptados y fuera de lugar en el régimen afectivo de sentimientos positivos? Sarah Ahmed (2019), por ejemplo, habla de las feministas “agua-

fiestas” (*killjoy feminists*), los “queer infelices” y los “melancólicos migrantes”, sujetos alienados del régimen de las emociones positivas, cuyas intensidades no se contentan con los roles funcionales y bien adaptados al matrimonio, la familia, el trabajo emprendedor y el consumo.

Jack Halberstam (2018), por su parte, habla de los feminismos sombríos, que se resisten al éxito medido con criterios androcéntricos, que reniegan de las estrategias políticas institucionalizadas, orientadas a la positividad, a la reforma y a la integración, para apostar por políticas que asuman la negatividad, el rechazo y la queja. El “arte queer del fracaso”, dice Halberstam, reniega de los estándares de éxito definidos en el cruce de las políticas de género dominantes y las políticas culturales del capitalismo tardío: “Fracasar es algo que las personas queer hacen y han hecho siempre muy bien (...) y merece la pena cuando se compara con esos escenarios lúgubres del éxito que dependen de ‘intentarlo una y otra vez’. En realidad, si el éxito requiere tanto esfuerzo, quizá el fracaso es más sencillo a largo plazo y ofrece recompensas distintas” (Halberstam 2018: 15).

En una línea paralela, Sianne Ngai (2005) elabora la idea de *ugly feelings*; sentimientos como la irritación, la paranoia o el asco, afectos desprestigiados porque, como argumenta Ngai, tienden a bloquear o a suspender la acción que ocurre en el flujo de la cultura afirmativa propia de la sociedad del mercado de la modernidad tardía. Surge también la pregunta de si es posible imaginar formas de psicología que se escapen del régimen seductor del optimismo y el recetario de la felicidad personal, para conectar con la potencia política de los malestares colectivos. En este sentido, es posible que el pesimismo sea nuestra única esperanza.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AHMED, S. (2019), La promesa de la felicidad: una crítica cultural al imperativo de la alegría. Argentina, Caja Negra.
- AMERICAN PSYCHIATRIC ASSOCIATION [APA] (1994/2003), Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales. Cuarta Edición (DSM-IV). Madrid, Masson
- BAUMAN, Z. (2012), Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos. Fondo de cultura económica.
- BINKLEY, S. (2011): “Happiness, positive psychology and the program of neoliberal governmentality”, *Subjectivity*, 4(4):371-394.
- BINKLEY, S. (2014), *Happiness as enterprise: An essay on neoliberal life*. Albany (NY), Suny Press.
- BUVINIC, M. Y KING, E. (2007): “Smart Economics”, *Finance and Development*, 44(2):7-12
- CABANAS, E. (2013), *La Felicidad como Imperativo Moral. Origen y difusión del Individualismo “Positivo” en el capitalismo neoliberal y sus efectos en la construcción de la subjetividad* (Tesis Doctoral). Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- CANGUILHEM, G. (1958). “Qu’est-ce que la psychologie”, *Revue de Métaphysique et de Moral*, 63(1):12-25.
- CORNWALL, A., GIDEON, J., & WILSON, K. (2008). “Introduction: Reclaiming feminism: Gender and neoliberalism”, *IDS bulletin*, 39(6): 1-9.
- CLOUGH, P. (2018), *The user unconscious: On affect, media and measure*. New York, University of Minnesota Press.
- CROMBY, J. (2011): “The Greatest Gift? Happiness, Governance and Psychology”, *Social and Personality Psychology Compass*, 5(11):840-852.
- DANZIGER, K. (1979): “The Social Origins of Modern Psychology”, en A. Buss, (Ed.), *Psychology in Social Context: Towards a Sociology of Psychological Knowledge*. Nueva York, Irvington Publishers; pp. 27-45.
- DAVIES, W. (2015), *The happiness industry: How the government and big business sold us well-being*. London, Verso.
- DE LA FABIÁN, R. Y STECHER, A. (2017): “Positive psychology’s promise of happiness: A new form of human capital in contemporary neoliberal governmentality”, *Theory & Psychology*, 27(7):600-621.
- DE MIGUEL, A. (2015), *Neoliberalismo sexual. El mito de la libre elección*. Madrid, Cátedra.

- DELEUZE, G. (2006): "Post-scriptum sobre las sociedades de control", *Polis. Revista Latinoamericana*, 13:1-5
- FOUCAULT, M. (1990), *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona, Paidós.
- FOUCAULT, M. (2007), *Nacimiento de la Biopolítica. Curso en el Collège de France: 1978-1979*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- HALBERSTAM, J. (2018), *El arte queer del fracaso*. Madrid, Egales.
- HAN, B. (2017), *La sociedad del cansancio*. Segunda edición ampliada. Barcelona, Herder.
- HAWKESWORTH, M. (2006): "Feminists v. Feminization: Confronting the war logics of the Bush administration", *Asteriskos*, 1(2):117-42.
- ILLOUZ, E. (2008), *Cold Intimacies: The making of Emotional Capitalism*. New York, Polity.
- MARTÍNEZ-GUZMÁN, A. (2016): "Las nuevas categorías sexuales y la psicología del sujeto como empresario de sí: un análisis sobre los dilemas de la disidencia sexogenérica en el contexto neoliberal", *Universitas Psychologica*, 14:1539-1550.
- MARTÍNEZ-GUZMÁN, A. E. ÍÑIGUEZ-RUEDA, L. (2010): "La fabricación del trastorno de identidad sexual", *Discurso & Sociedad*, 4(1):30-51.
- MARTÍNEZ-GUZMÁN, A. Y LARA, A. (2019): "Affective modulation in positive psychology's regime of happiness", *Theory & Psychology*, 29(3):336-357.
- MARTÍNEZ-GUZMÁN, A. Y MEDINA-CÁRDENAS, O. (2016): "La felicidad como tecnología de gobierno en el contexto neoliberal: una exploración de los discursos felicitarios en tres ámbitos", *Revista Somepso*, 1(2):61-91.
- MCCMAHON, D. (2006), *Happiness: A history*. New York, Grove Press.
- NGAI, S. (2005), *Ugly feelings*. Cambridge, Harvard University Press.
- PAPALINI, V. (2007): "La literatura de autoayuda, una subjetividad del Sí-Mismo enajenado", *La Trama de la Comunicación*, 11:331-342.
- PAPALINI, V. (2013): "Recetas para sobrevivir a las exigencias del Neoliberalismo (o de cómo la autoayuda se volvió parte de nuestro sentido común)", *Nueva Sociedad*, 245:163-177.
- PARKER, I. (2010), *La psicología como ideología: contra la disciplina*. Madrid, Catarata.
- PRECIADO, B. (2008), *Testo Yonqui. Sexo, drogas y biopolítica*. Buenos Aires, Paidós.
- ROSE, N. (1989), *Governing the Soul*. Second Edition [1999]. London, Free Associations.
- ROSE, N. (1996), *Inventing Ourselves: Psychology, Power and Personhood*. Cambridge University Press.
- ROSE, N. (1999), *Powers of freedom: Reframing political thought*. Cambridge University Press.
- SALAS, M. (2014), *Las nuevas categorías sexuales*. La tercera. Recuperado de <https://www.latercera.com/paula/las-nuevas-categorias-sexuales/>
- USSHER, J. (2006), *Managing the monstrous feminine: Regulating the reproductive body*. Psychology Press.
- USSHER, J. (2011), *The madness of women: Myth and experience*. Routledge.
- VÁZQUEZ, F. (2016): "Canguilhem y la crítica de las disciplinas "psi", en R. RODRÍGUEZ (ed), *Contrapsicología*. Madrid, Ediciones Dado; pp. 89-116.
- VENN, C. (1998): "The subject of psychology", en J. Henriques, W. Hollway, C. Urwin, C. Venn y V. Walkerdine, *Changing the subject: Psychology, social regulation and subjectivity*. Psychology Press; pp. 119-152.
- WAJCMAN, J. (2017), *Esclavos del tiempo: Vidas aceleradas en la era del capitalismo digital*. Barcelona, Paidós.
- WALTER, M. (1972): "Cognitive and attentional mechanisms in delay of gratification", *Journal of Personality and Social Psychology*, 21(2):204-218.
- WRIGHT, K. (2006): "Therapy Culture", en P. Beilharz y R. Manne (eds), *Reflected Light: La Trobe Essays*. Melbourne, Black Inc; pp. 302-312.
- WRIGHT, K. (2008): "Theorizing therapeutic culture: Past influences, future directions", *Journal of Sociology*, 44(4):321-336.
- ZEVNIK, L. (2014), *Critical perspectives in happiness research: The birth of modern happiness*. New York, Springer Science & Business Media.